

¿Batman o Robinson?

Oruam Barboza*

1

El final del siglo XX nos dejó muchas incertidumbres, pero a nivel social especialmente nos dejó la incertidumbre de cómo y hacia dónde debe cambiar el mundo y si todavía es aceptable que pueda cambiar por la voluntad humana guiada por la razón, partiendo de la base de que el cambio es la esencia de la historia de las civilizaciones. Fue la época del fin de las teleologías (no de las ideologías), fue el fin de la racionalización histórica (no de la historia ni de la razón) sin dejar sustituto visible, lo que creó la confusión con el fin de las ideologías, de la historia y de la razón. Aquí la filosofía y especialmente la filosofía moral, es decir la ética, tal vez pueda retomar la posta para ayudarnos a discernir un camino, basándose en la razón, las ideas y la historia.

Como ha dicho Adela Cortina (A. Cortina, E. Martínez, 2001), la filosofía ha pasado por tres grandes estadios en su periplo histórico: la filosofía del ser en la antigüedad y edad media, la filosofía de la conciencia en la modernidad y –finalmente– la filosofía del lenguaje en el siglo XX. Ha sido una especie de proceso de hominización de los presupuestos de la filosofía, pues –en la primera etapa– el ser en tanto ente trascendía al hombre y su vida común, y se situaba en mundos de verdades o mundos divinos (Platón, San Agustín, Santo Tomás de Aquino). Luego la conciencia se hizo más humana aunque todavía era trascendental, a priori y ontológicamente divina (Descartes, Kant). Finalmente el lenguaje, en cambio, siempre fue asumido como creación humana por lo que el mundo natural, el social y el estético que reproduce o crea son también, por extensión, productos humanos.

Ahora falta saber si podemos usar esa

“razón faber” cuya herramienta es el lenguaje para crear formas de vida mejores, es decir si puede transformarse en una “razón sapiens” por lo menos en el vínculo con el mundo natural y en la estructura del mundo social.

Nietzsche (1994, 1999, 2004a, 2004b) nos ha dicho, al comenzar la tercera de las etapas mencionadas, que la moral triunfante en esa época, que es la nuestra, es la del rebaño, la de los débiles, que ha sido luego de un largo proceso una trasmutación desde la moral autónoma de los triunfadores hacia la de aquellos que no pueden defenderse de los nobles y poderosos y definen las características victoriosas de éstos como los males que los aquejan, pasando a ser por ello los malvados, es decir definiendo los rasgos que ellos tenían como representaciones del “mal”. Es el triunfo de la moral de los débiles, del rebaño de corderos como gustaba llamarlos (por la connotación cristiana de este concepto), no la de hombres autónomos y libres capaces de vivir con su propia concepción del bien y de lo justo.

Podemos actualizar ese análisis a partir de lo que hoy vemos como características de las morales –porque nunca hay una sola– predominantes.

Desde el último cuarto del siglo XX resurge el interés por los grandes superhéroes (Batman, Hombre Araña, Súperman, entre otros) que en realidad nunca había desaparecido, sino que ahora se torna en interés masivo y no precisamente por ser un fenómeno estético ni siquiera una diversión de buen nivel.

En realidad, responde a las necesidades del gran público. Es una época ésta de incertidumbres morales, donde el hombre común, masa, no se encuentra seguro para



llevar una vida tranquila y por tanto necesita protección.

2

La moral de Batman, como así también la del Hombre Araña, es la encarnación de las necesidades colectivas de su entorno. Es lo que Nietzsche llamó la moral del rebaño, del débil. Está determinada por todo aquello que la gente común necesita: protección, ayuda, defensa contra los más fuertes (los villanos y delincuentes que son poderosos y fuertes). Estas necesidades se proyectan en una figura y la constituyen a través de esas características: un defensor del más débil, desinteresado, presente cuando se lo necesita, científico rico y por tanto poderoso como para tenerle confianza, o también (como en el caso del Hombre Araña) por ser sencillo, humilde y pobre como cualquiera. Está obligado a actuar porque su moral lo impele a ello, no puede abstenerse de defender al débil, ese es su mandato constitutivo (dado por los propios débiles), si no lo hace, corre el riesgo de perder su cualidad de héroe y pasar a ser un débil más de la masa, como sucede cuando abandonan su traje de superhéroes y vuelven a la vida común. Es una moral deontológica, del deber de cumplir con el bien ya estipulado.

Batman no es una personalidad autónoma, su personalidad ha sido creada por las necesidades de los otros, de aquellos que no tienen libertad ni voluntad de poder. Él representa todos los valores y acciones que los débiles no pueden hacer por sí mismos, representa sus miedos. Batman no es la definición autónoma de principios morales que le den determinada característica de personalidad, es la asunción tras la máscara de la cara de todos, pues todos pueden estar detrás de ella, es la moral impersonal, colectiva.

El hombre masa no necesita ideas rectoras, vive en una sociedad en la que puede desarrollar sus expectativas de vida buena, pero está a merced de los poderosos malos y necesita protección contra ellos por parte de un poderoso bueno, pues su temor e indefensión le impide actuar para salvarse.

El hombre masa es un ser sencillo y débil que no sabe manejar las fuerzas de la naturaleza como lo hacen los supervillanos ni tiene acceso a la tecnología y a la riqueza como la tienen ellos. Necesita un igual a ellos, a los supermalos, pero que sea bueno.

También esta puede ser la razón de que la política –la electoral– se centre cada vez más en los líderes y sus cualidades, que deben ser sencillas para parecerse a todos pero seguro y poderoso para poder ayudar a todos. Cada vez vemos menos confrontación electoral basada en ideas y cada vez la vemos más centrada en los “personajes” electorales, apoyados en el marketing publicitario.

3

Creo que se equivocó Nietzsche cuando dijo que la tradición cristiana del rebaño es la que caracteriza la moral débil de toda una época. Es así para las masas, pero solo para ellas, pues el cristianismo en realidad fue parte siempre del proceso de expansión agresiva de occidente. El mejor ejemplo de esto es la conquista moderna desde el siglo XVI donde la espada y la cruz trabajaron juntas para conquistar y explotar el mundo no europeo. La cruz daba los fundamentos de justificación moral de la conquista, mientras la espada ganaba las guerras. Predicaba hacia adentro la importancia de la ciudad de Dios, de la vida pobre como virtud y la necesidad de aceptar resignadamente las condiciones de existencia para ganarse la otra vida, la verdadera y eterna. Pero, como contracara de la misma moneda, apoyaba a los ricos y poderosos en su afán de riqueza y poder. Por eso decíamos que no hay una sola moral, pues hay una para los poderosos que viven de acuerdo con ella, justificando su poder y defendiendo su expansión por tanto auto impuesta, autónoma. Luego está la otra, la de la masa, formada heterónomamente, que hace de sus debilidades y temores los principios morales que garantizan su vida.

Pues entonces no hay una sola moral, pues también está la de los grupos dominantes.



Aquí, siguiendo con el juego de los personajes, tomemos el ejemplo de Robinson Crusoe. Este náufrago llega a la isla (¿casualmente? cercana a la costa de Venezuela) que inmediatamente la considera de su propiedad y donde esforzadamente comienza a reconstruir su mundo material anterior siendo la clave su voluntad de poder. Luego ve en el indígena que rescata y que llamará Viernes, una posibilidad de ejercer esa voluntad de poder en el vínculo social, dada su superioridad genética y filogenética de la cuales está obviamente seguro, reconstruye allí su mundo ahora con el trabajo del otro, mundo que es el único que considera valioso, tanto para él como para su sirviente, tanto en la lengua como en la religión, valores y costumbres. Robinson representa la moral del triunfador, del “noble” según Nietzsche, del que se impone al otro y lo hace su siervo. Robinson tiene la voluntad de poder y se impone con ella a Viernes y determina su personalidad, la del sirviente ante el amo, a partir de su concepción del bien. Robinson está convencido de su superioridad y de su obligación del mostrarle al otro cuál debe ser su lugar y papel en el vínculo que se establece entre ambos. Es él quien determina lo que está bien y lo que es justo, lo que debe hacerse y lo que no, quién manda y quién obedece. Establece anticipadamente la dialéctica del amo y del esclavo hegeliana, uno es amo porque identifica al otro como esclavo y este se sabe tal porque reconoce al otro como amo. Él lo hace porque proviene de una civilización con un nivel de conocimientos y valores que acepta a priori como superiores, como justos y buenos, no ve en el otro al ser humano igual a él que debe ser aceptado y tratado como un fin en sí mismo, lo ve como un instrumento para sus fines, parte del presupuesto de su superioridad con respecto al otro y no de la igualdad humana de ambos. Es el dominador, “la bestia” según Nietzsche.

Batman vive en una ciudad, toda su acción se centra y representa a esa comunidad, solo allí están los males (los villanos) que

debe derrotar, pues si no, ¿qué haría frente a un soldado norteamericano que bombardea población civil indefensa? En cambio Robinson reconstruye la racionalización histórica y la razón universal en la pequeña isla que habita, sus principios son universalizables, aplicables a cualquier parte del planeta si se aceptan sus fuentes de validez.

4

Pero ambas morales, la de Batman y la de Robinson, no son opuestas puesto que se complementan en el mundo capitalista, permiten el *statu quo* del mundo globalizado y dominado por el neoliberalismo. Robinson es la encarnación del espíritu de conquista, poder y explotación del capitalismo en el mundo globalizado. La diferencia con el hoy es que el capitalismo ya no necesita, o no puede, justificar la dominación por su Dios y su civilización, ahora lo hace a través de las leyes imparciales de la economía y del mercado, es decir que también la dominación ha vivido el proceso de laicización, de “desencanto de la conquista”.

Batman encarna los valores y necesidades del hombre común que vive en su comunidad y sujeto a lo que pasa en ella.

Hoy en día, diferentes sistemas de filosofía moral normativa (Camps, V. y otros, 2004) argumentan desde perspectivas distintas básicamente dos visiones de sistemas éticos, unas que fundamentan las acciones morales en la universalización de los principios éticos (por ejemplo las formalistas neokantianas y las procedimentales-comunicativas); la otra postura rechaza estos fundamentos universalizables de la ética y desarrolla una concepción moral centrada en la comunidad, definiendo la ética a partir de las realidades locales, sin universalización de principios, con raíces y proyecciones esencialmente comunitarias.

El capitalismo neoliberal globalizado sin duda que maneja los hilos de una ética como la de Robinson Crusoe, considera sus principios y leyes como válidos



universalmente, por lo que deben aplicarse en todos los lugares como rasgo del proceso civilizatorio, tal como a principios del siglo XVI. Las identidades locales son aceptadas mientras sean simples expresiones de particularidades que no se oponen al “proceso civilizatorio” del capitalismo, que se impone por mil artilugios y cuando estos fallan, queda la fuerza de los cañones como argumento. El lenguaje de los Derechos Humanos que boga por el respeto a las diferencias queda relegado a los foros o a las declaraciones de las conferencias internacionales; pero no se siente con la misma fuerza la defensa de los principios de justicia que permitan hacer desaparecer la desigualdad producida por la pobreza y la explotación, consolidándolos como acción primordial para aceptar luego todas las diferencias de opción.

Decíamos al comienzo que el final del siglo XX había dejado al mundo pobre de todos los Viernes de la novela de Defoe, con incertidumbres y sin respuestas. El problema es globalizado, no está en nuestras comunidades, por lo que las respuestas cuando surjan –y esperamos que así suceda– deben estar en la misma dimensión, pues sería una falacia ecológica pensar que la respuesta está en nuestras comunidades. Allí están las bases que nos sustentan, desde allí pueden salir las preguntas, pero las acciones necesarias deben estar enmarcadas en una fundamentación universalmente vinculante.

Quizás la primera aproximación a una respuesta la tengamos en lo que propone Yamandú Acosta (2008), retomando las ideas de Franz Hinkelammert. Debemos volver a una ontología antropológica donde nuevamente la humanidad de cada uno sea un fin en sí mismo y no un medio para otros fines. Asumir que en cualquier parte del mundo lo primero es lograr la supervivencia de la especie a través de la vida de cada ser humano. Propósito que solo es posible si se sostienen y recrean las bases materiales, naturales, que permiten la vida humana. La vida del hombre y la conservación de la

naturaleza son fines asociados que deben defenderse activamente en todas partes, pues alguno de los dos siempre está atacado por el capitalismo y por lo tanto también el otro. Estos principios son trascendentales y universalizables por lo que pueden enfrentarse al capitalismo que actúa en base a la racionalidad instrumental en cuanto a la explotación de la naturaleza y al desentenderse de la vida humana cuando no está inserta en alguno de sus circuitos de reproducción ampliada del capital. Pero esos principios trascendentales son también inmanentes a las condiciones de vida y características de cada comunidad, rescatando así las dimensiones comunitarias en su justa medida.

Finalmente, podemos decir que “Robinson Crusoe” es el enemigo de todos los pobres del mundo sometidos a la dominación del capitalismo irracional; pero la solución no es “Batman”, tanto por representar solo valores comunitarios como por dejar para la masa solamente la expectativa de su protectora acción poderosa que es su deber moral, no los convoca ni prepara para la autodefensa.

Tal vez la respuesta esté en “Viernes”, cuando deje de ser el siervo que reconoce al otro como su amo.

*Profesor de Historia. Licenciado en Sociología. Magister en Filosofía.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Y. (2008): *Filosofía latinoamericana y democracia en clave de Derechos Humanos*. Montevideo. Nordam.
- CAMPS, V. Y OTROS (COMP.) (2004): *Concepciones de la ética*. Madrid. Trotta.
- CORTINA, A.; MARTÍNEZ E. (2001): *Ética*, Madrid. Akal.
- NIETZSCHE, F. (1994): *La gaya ciencia*, Madrid. M.E. Editores.
- NIETZSCHE, F. (1999): *Más allá del bien y del mal*. Navarra-España, Ediciones.
- NIETZSCHE, F. (2004 a): *La genealogía de la moral*. Bs. Aires. Ed. Libertador.
- NIETZSCHE, F. (2004 b): *Así hablaba Zaratustra*. México. Ed. Leyenda.

